

Manuel Machuca

Doctor en Farmacia. Escritor



El infierno en la otra esquina

Esperanza tiene cincuenta y dos años. Hace casi cuarenta, con trece, que conoció a Adolfo, el que aún hoy, y lo que queda, es su marido.

—Mejorándolo a usted, es muy buen marido. Es un señor. Lo quiero, y nunca lo dejaré. A pesar de sus cosillas.

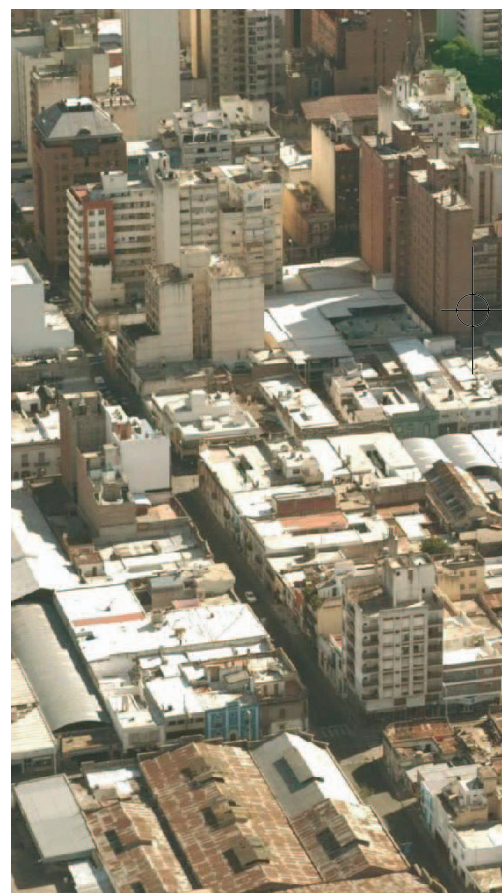
Entre sus cosillas, Adolfo ha maltratado durante años y años a Esperanza. Desde antes de casarse. Y más aún, desde que tuvo un accidente laboral, a la edad de treinta años, cuando apagaba los dolores de su cuerpo en el bar de abajo, empapado en alcohol, esa sustancia que arma de valor a cobardes, y saca lo peor de muchas entrañas cuando dejamos que nos tome bajo su control.

—De novios me obligaba a subir a casa de nuevo si bajaba maquillada. Fue muy celoso

se, que me pusiera una falda un poco más corta, ni tan siquiera pantalones. Me ponía de puta para arriba si notaba que me había hecho algo. Pero aparte de esas cosillas, es todo un caballero. Está feo que lo diga, pero es un pobre enfermo, una persona maravillosa, a quien nunca abandonaré.

Estas cosas pasan en cierto barrio de una cierta ciudad cualquiera. En ese tipo de barrio en el que vive gente que no existe para nadie, salvo para sus habitantes. Aislados de todo y de todos.

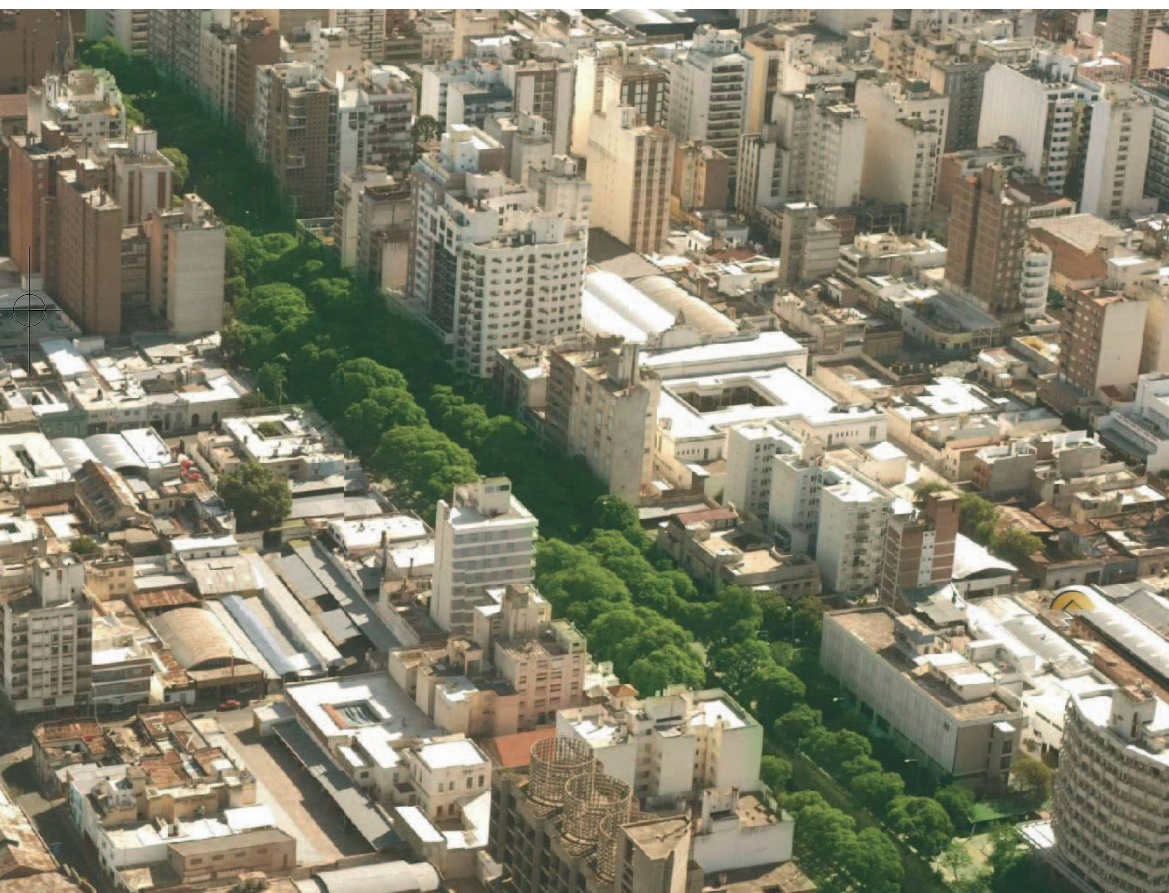
En la ciudad en la que vive Esperanza, el tren se soterró a su paso por la ciudad. Con ello se ganaron avenidas, se mejoraron y descubrieron perspectivas nuevas, aparecieron bolsas de suelo idóneas para el enriquecimiento y la especulación, se unieron barrios antiguamente separados. El tren desapareció de los ojos de los vecinos, salvo en el barrio de Esperanza. Los habitantes de las zonas cercanas, temerosos de la gente



que convivía en aquella zona, impidieron que el tren dejase de ejercer de escudo, de trinchera defensiva ante la amenaza de la pobreza y la indignidad. Así, el tren siguió discurriendo por superficie en esa parte de la ciu-

De novios me obligaba a subir a casa de nuevo si bajaba maquillada. Fue muy celoso

a



dad, y sus naturales continuaron aislados ante el progreso, permaneciendo como un quiste al que ignorar, excluidos nuevamente de la sociedad a la que pertenecían.

Poco importa que Esperanza y sus vecinos lle-

gasen al barrio expulsados de otras zonas de la ciudad, en las que sus casas tienen hoy un precio prohibitivo para la gran mayoría de sus habitantes, y se instalasen, con el caramelo de un piso nuevo, en una zona llamada a

constituirse, años más tarde, en un gueto. Si toda emigración es dura, no lo es menos verse arrojados de su barrio, en la misma ciudad en la que siempre vivieron, para ir a parar, junto a gente echada de forma parecida de otras

Si toda
emigración es
dura, no lo es
menos verse
arrojados de su
barrio



Barrios que recorrieron el camino hacia la marginalidad, víctimas de falta de redes sociales

zonas apetitosas para la construcción.

En los años 60 y 70 se levantaron en España muchos barrios de esa forma. Con una mano caritativa, y con la otra especulativa. Barrios muchos de los cuales recorrieron rápidamente el camino hacia la marginalidad, víctimas de su ausencia de redes sociales, y que se convirtieron en el lugar idóneo en el que la droga arraigase sus tentáculos.

—No he conocido a otro hombre, y él no ha conocido a otra mujer. Estamos desde pequeños juntos. Y así va a ser para

siempre. No lo voy a cambiar por otro.

Resulta difícil entender a Esperanza. Realmente es increíble que soporte esta vida en pleno siglo XXI, en un país que ha crecido tanto en sensibilidad hacia la igualdad de género, en el que los políticos han hecho esfuerzos importantes en este sentido.

Sin embargo, Esperanza existe, se pasea todos los días por su barrio. Vive por y para su marido, y costaría creer su historia, si no se hubiera escuchado su relato. Porque Esperanza disimula todo lo que puede su historia, y las compañe-

ras con las que aprende costura en su grupo de la parroquia, la tienen por una mujer alegre, siempre dispuesta a bromear, y a contar divertidas historias, con la ayuda de sus enormes y expresivos ojos negros.

—Cuando Adolfo me pegaba, y mi padre se daba cuenta, también él lo hacía. Sacaba la correa y también me daba a mí. Recuerdo cómo una vez preparó una sogá con borlas, y yo huí de mi casa antes de que la usase conmigo. Sin embargo, sólo pienso en la enfermedad de mi marido, en lo que ha sufrido el pobrecito, que de verdad que no es tan malo.

Nuevamente aparecía la justificación. Ya no sé si la de Adolfo, o la suya de no querer pensar otra cosa.

—En serio. Siempre ha sido una persona maravillosa conmigo, aparte de estas cosas. Aunque en la cama me haya tratado siempre como un animal. Nada más que para satisfacerse. Nunca me ha acariciado, nunca me ha hecho sentirme mujer, jamás me dijo que estaba guapa. Sólo lo sabía porque se enfadaba por cómo iba arreglada. El pobre es así, qué se le va a hacer. De verdad que en el fondo es muy bueno.

Hay cosas que se me escapan, que no alcanzo a comprender, desde mi perspectiva universitaria, desde mi universo racionalista. Hace tiempo que huí del manido tópico de



“si yo fuera usted, lo que haría es...”. Sé que eso no sirve, y me rebelo contra mí mismo de impotencia, pensando que lo único que puedo hacer es escuchar a Esperanza, tratar de comprender su punto de vista, darle mi cariño, tenderle la mano, para que un día, si quiere, se agarre a ella para salir de su infierno.

Porque Esperanza existe, al igual que Natividad. Nati sí que se separó de su marido, tras pasar una vida indigna junto a él, legionario y alcohólico, que le hizo sufrir toda clase de vejaciones y maltrato, tanto físico como psicológico.

Nati vive junto a una hija, el marido de ésta y dos nietas. Quiere irse a una residencia, pero con su edad, aún joven para ello con sus cincuenta y nueve años, es difícil encontrar un lugar. Además, Nati tiene su piso en el barrio, en el que vivía con su ex marido, y tiene la ley de su parte para quedárselo. De hecho, lo tenía, pero tenía miedo de quedarse sola allí. Su marido merodeaba por el barrio, muchas veces borracho, y tan violento como siempre. Se fue unos días asustada a casa de su hija, y el legionario se metió de

nuevo en el piso, del que ya no salió. Sabe que la ley está de su parte, pero tiene miedo eso que dicen que es tan libre y que nos hace tan prisioneros a todos.

Además, su ex quiere volver, no le importa que vuelvan a convivir juntos allí. Es más, le conviene, porque parece ser que la casa tiene una mugre impresionante. Ya se sabe lo aficionados a la limpieza que son estos machos ibéricos, y lo que les gusta tener a su lado una mujer que limpie bien y lave la ropa, mientras ellos se emborrachan en el bar de

Cuando Adolfo me pegaba, y mi padre se daba cuenta, también él lo hacía con la correa

la esquina o se van de putas.

Las vecinas, que sufren los olores que desprende el piso y saben las ganas de volver a rehacer el matrimonio que tiene nuestro desinteresado legionario, tienen fácil la solución:

—Mira, Nati. Tu marido no es tan malo. Tú no tienes casa y la necesitas, y a él le pasa al revés. Vuelve con tu marido y ya está, se acabó el problema.

Se acabó el problema. Todo tan fácil. Volver con quien tanto le hizo, con quien se lo hizo pasar tan mal mientras vivieron en Melilla. Con el que se la pegó con su íntima amiga, que se había quedado viuda, y con la que siguió hasta que murió. Volver para tener una casa, aunque cada tarde se mire por la ventana para ver cómo vuelve a la casa, si viene borracho o no, si está contento o cabreado, si hay que abrirse de piernas, o por esta vez se libra.

Nati y Esperanza. Dos historias que desgraciadamente no son hechos aislados en nuestra sociedad, por mucho que tratemos de ignorarlos. Vivimos en un mundo en el que hechos así no están permitidos, pero pasan. Y tenemos que preguntarnos cómo se puede solucionar este problema.

Las leyes y la creciente conciencia social son importantes, pero no definitivas. La legislación crea un marco en el que



abordar estos problemas, pero hay que llegar más allá. La conciencia social es importantísima y debemos luchar por seguir avanzando cada vez más en ese camino.

Pero las raíces del problema se entrelazan con las de otros problemas que tenemos en la sociedad. O mejor dicho, son las mismas raíces, las que

dan frutos tan perniciosos. Cuando consentimos que existan guetos, estamos siendo permisivos con la exclusión social y sus consecuencias. No lograremos ser una sociedad sana hasta que no seamos conscientes de que estos problemas son también nuestros problemas.

Es legítimo que el esfuerzo personal se vea re-

**Tu no tienes
casa y la
necesitas, y a él
le pasa al revés.
Vuelve con tu
marido y ya está**



compensado y que la sociedad nos plantee desafíos y ansias de crecimiento y desarrollo personal. Pero eso tiene que tener una medida, un límite que no se debe traspasar, porque también son importantes medidas compensadoras que equilibren la sociedad y no permita que existan estas situaciones de exclusión.

Mientras no pensemos que cada uno somos parte también de un todo, y que los problemas de Esperanza y Natividad son nuestros problemas, no estaremos avanzando.

Nuestra sociedad necesita un cambio de valores. El capitalismo, que pudo tener su sentido cuando supuso para el hombre poder crecer, ha llegado a límites

próximos a la atrofia, cuando ya no se ponen límites a la angustia de cada día tener más y más cosas, que nunca son suficientes, que nunca son auténticamente nuevas, que siempre se quedan rápidamente obsoletas.

Hemos llegado a los límites del individualismo y de la posesión de las cosas. El modelo ya no da más de sí y urge cambiar, a pesar de que estamos envueltos en una vorágine y unas inercias difíciles de detener.

El problema de Esperanza y Natividad no se soluciona únicamente cambiando a Esperanza y a Natividad. Sólo se resolverá si somos capaces de cambiarnos a nosotros mismos, a los que sí tenemos, a los que únicamente se nos ocurre gestionar lo que nos sobra, y muchas veces lo que ni siquiera tenemos, de otra forma que teniendo y teniendo más cosas que cada vez nos hacen más infelices.

El mundo debe cambiar de modelo de crecimiento, porque este modelo no da más de sí, está agotado, o próximo a agotarse. Y no vale anestesiarse e ignorar, abstraerse de los problemas, huyendo de todo compromiso social o político que no sea la caridad entendida de forma paternalista. No hay que ayudar al pobre, porque pobre, lo que se dice pobre, es esta sociedad. ■

www.manuelmachuca.com

Mientras no
 pensemos que
 cada uno somos
 parte también de
 un todo no
 avanzaremos